

EL PINTOR OCTAVIO PINTO

Un día, siendo todos muchachos, llegó a Córdoba Octavio Pinto. Era cordobés ; pero yo, por ejemplo, no lo conocía. Y muchos, como yo, le veían por la primera vez. Es que había estado muchos años en Santa Fe cursando estudios con los Padres Jesuítas. Venía, ya bachiller, para entrar en la Universidad. Con venir de colegio tan religioso como el de la Inmaculada Concepción, no daba señales de albergar un espíritu místico, ni nada semejante, el recién llegado, que, en cambio, se comportaba como un agradecido pagano, ebrio con el licor de la vida.

Tan bien vestido que tocaba en lo acicalado, paseaba por Córdoba su cuidada elegancia ; pero deteniéndose acá y allá, lo mismo ante un lindo patio con flores que ante mujer bonita que iba pasando. En el trato ordinario, tenía el aire fisgón, la mirada escudriñadora y hasta solía hablar con retintín. Fuera del arte, no existía para él cosa estimable. A quien no tuviera una probada devoción por las musas o por lo menos el mayor respeto por poetas y pintores, él no había de recibir a perdón. Leyó él unos versos míos, en que yo hablaba de « mi bandera de arte perfectamente azul ». Repetía siempre ese verso, inconsolable de no haberlo escrito él : tan de lleno expresaba su sentimiento. Con todo eso en el alma, fisgón como era, con un mirar que las andaba buscando y con los labios tan prontos al desdén como a la risilla inten-

cionada, no había más remedio que conocerle mucho para quererle bien.

En nuestra Córdoba estudiantil, superaba todo lo conocido en materia de fueros de la fantasía. Se había inventado, si es que no descubierto, una princesa. Una princesa, naturalmente, de arrabal. La llamaba Misterio.

— Adiós. Me espera Misterio, decía, iniciando el mutis.

— Pero, ven. Aguarda. Quédate.

— No puedo.

— Bueno. Pero ¿quién es? ¿Dónde vive?

— Misterio.

Y nos dejaba.

A ninguno de sus íntimos se la llegó a presentar. Misterio era positivamente un misterio. Sólo a Rafael Alberto Arrieta, por forastero, se la hizo conocer. Arrieta contará algún día esa andanza.

El rostro de pueril rubicundez, los ojos aterciopelados, fáciles al llanto, elemental el bozo, la frente casi nunca tersa sino ceñuda en la discusión frecuente (así fuese discusión consigo mismo); la voz quebrada en quejumbre cordobesa, que en los momentos persuasivos o sarcásticos de la controversia, recalcaba, Octavio Pinto era un libre Ariel, sin ningún compromiso ni con beocios ni con filisteos.

Pero nadie se equivoque. Tratábase de sarcasmos inocentes, de graciosas malicias sin aguijón, de abstractas irreverencias. Porque en el fondo del alma de Octavio había, con seguridad, un niño; un niño enojado, es verdad; pero con eso y todo, un niño más niño aún; un niño bueno, pero enfadado, porque no lo dejaban jugar a su gusto; porque entre el arte y su voluntad se le cruzaba la Facultad de Derecho, para no citar más...

Era implacable (esto sí como un grande, ya no como un niño) con los falsos valores. Un agrio gesto esperaba a toda hinchada nulidad que se le arrimase ; un agrio gesto, o en el mejor de los casos, un hablar evasivo que cortaba los puentes. A este respecto, era lo más valiente que se ha visto. Capaz de dejar con el saludo al más inflado mandarín, si se ofrecía. En cambio, ponía sobre su cabeza y se hacía lenguas elogiando a todo aquel que sabía inclinarse ante los valores eternos. Y no se diga ante quien los representase, aun si era de humilde cuna.

Toca en lo portentoso que este verdadero sectario del arte pudiese aprobar, siquiera con ínfima nota, sus exámenes de Código Civil. En fin : fué abogado. Y desde ese punto y momento redobló su desdén por toda magistratura judicial. Pero podría ser cónsul, a menos que ganase una beca. Ha de ponerse en las cuentas de la divina bondad, que Octavio Pinto, flamante abogado, alcanzase de la legislatura provincial la beca que decimos, para trasladarse a Europa. Con este auxilio se fué a España. Lo merecía. En cuadros de violenta afirmación personal, como el desnudo paisaje serrano que tituló *El numen tutelar de Ongay*, había garra ; y quien quisiese gozar delicadezas de dibujo no tendría más que ver las ilustraciones que puso en la primera edición de mi *Poema de Nenúfar*.

Se iba a España en busca de la luz de Mallorca. Es cuando yo le digo (versos de *La Fiesta del Mundo*) aquello de

¡ Ay ! Ya el marino a navegar convida
y va al puente de mando el capitán.
¡ Cómo es seria esta cosa de la vida !
¡ Cómo crecen las barcas que se van !

¡ Largo el abrazo ! Singular la ciencia
de hablar aún, ya sin poder hablar.
¡ Tus sueños cumplas en fecunda ausencia,
y un dulce día te reporte el mar !

Aquel gran travieso que se nos iba del otro lado del mar, ¿ seguiría travesando en sus cartas ? ¿ Cultivaría en ellas, además, sus paradojas maravillosas ? ¿ Nos echaría fenomenales cuentos tártaros en sus crónicas epistolares, como solía, apenas nos descuidábamos, en inventos famosos ?

Se fué. Pero no había cómo no seguirle viendo en el recuerdo por esas calles de Córdoba, no muy aventajado de estatura, parándose acá y allá, ante patio con flores o doncella con gracia.

¿ Tendríamos cartas suyas ? ¿ Qué le dirían los paisajes ? ¿ Qué las ciudades ? Vinieron cartas. ¿ Y qué traían ? Noticias de hallazgos novelescos, de criaturas increíbles, o de fabulosas rarezas.

Pero, de pronto, supimos que había cambiado sus Madriles por no sé qué lejanas montañas, y que renunciando a Vianas y Parises, se había quedado a pintar en fragoso confín. En suma : que bajo rústico techo y en vecindad y contacto de humildes pastores, se había vuelto cartujo de la pintura. (Como también lo fué en Mallorca, entre los olivares, tiempo después).

Aquí tengo cartas suyas. A un amigo que se acaba de casar, le desea hijos, hijos, hijos... Pide así mismo « crónicas horribles y terribles del casamiento ». Entretanto, escribe sonetos. Y conoce a escritores. Se ha hecho amigo de Blanco Fombona, « el más prestigioso en Madrid de los autores de América » y ha quedado en ilustrarle a Nervo, *El Estanque de los Lotos*. El hará « una cosa de crepúsculo, aguas grises,

nubes... » A todo esto, « Amado Nervo tiene en su casa una sobrina de quien dice que es tutor. Es una muchacha de unos 17 ó 18 años, rubia, delgada, de una belleza formal y tranquila que enamora. Criatura nacida en Méjico, de madre francesa : un raro encanto ». ¿ Y sus telas ? « Mis cuadros son pequeños y éste es el país de las telas inmensas ».

« Pero volvamos — dice — a nuestra Córdoba. Me cuentan que también se casa X. ¡ Ay ! X, con hijos, y sus hijos con su herencia vagamente erudita, mezclado el Código Civil a Juan Ramón Jiménez... ¿ Qué irá a ser eso ?... »

Así sabía bromear y chacotear. Pero también ser muy serio ante las cosas serias. En Madrid, intimó con Julio Noé. He aquí sus palabras con motivo del encuentro con el joven compatriota. « P. S. Me olvidaba decirte que Julio Noé es un perfecto caballero y gran amigo ; algo como lo mejor que tengamos en Córdoba, muy profundo y observador. Espíritu exquisito, inquieto y cariñoso ».

España le pareció enorme ; y por desgracia lo que realmente vale en hombres, en cosas, en ideas, muy difícil de abordar. Pinta mucho, pero duda más. « Un día — dice — haré un auto de fe y quemaré cincuenta obras. Nunca he estado más desencantado de mí, de mis obras y de mis pinceles que ahora... Y tampoco me consuela pensar en la patria. Siento un irremisible desdén por ciertas colmenas universitarias. ¿ Nuevos y gordos zánganos deberán llenarla siempre ? Por lo demás, lo mismo pasa con nuestra pobre, triste y deshonrosa política... Que Alá nos quiera llevar por la senda silenciosa... »

Pasó un día todo esto, como los sueños. Y Octavio Pinto se hizo hombre. Y se casó con mujer cabal, y fué *pater*

familias de los irreprochables. Y entró en la diplomacia, y se olvidó del chusco que siempre retozaba en él, para ser solamente funcionario correctísimo, como lo fué en Tokio, en Río de Janeiro, en Montevideo, como primer secretario de la Embajada Argentina.

Y una tarde, a comienzos de 1942, — ¿« en una tarde triste de los más dulces días » ? — la muerte. Allá, en Montevideo, de un instante para otro, la muerte. No creo que la temiese, Octavio Pinto. Mejor sabía despreciar que temer.

ARTURO CAPDEVILA.